

# GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

## EL CONCURSO DE "GENTE VIEJA,"

### BASES

1.<sup>a</sup> Deseando la modestísima empresa de este decenario dar todo el interés posible á su publicación, abre un concurso durante los meses de Enero y Febrero de 1902 para premiar un trabajo en prosa, de autor español, inédito, original, y cuya extensión no exceda de tres columnas de nuestro periódico.

2.<sup>a</sup> Estos trabajos tendrán necesariamente por asunto el siguiente tema: ¿QUÉ ES EL MODERNISMO Y QUÉ SIGNIFICA COMO ESCUELA DENTRO DEL ARTE EN GENERAL Y DE LA LITERATURA EN PARTICULAR?

3.<sup>a</sup> El concurso, que queda desde luego abierto desde esta fecha, se cerrará el día 10 de Marzo de 1902, á las doce de su mañana.

4.<sup>a</sup> Los trabajos se entregarán en la redacción de GENTE VIEJA, calle de Recoletos, núm. 10, Madrid, de once á una del día. También se pueden dirigir por correo certificados al Director de GENTE VIEJA. En todo caso al recibirlos se entregará ó remitirá el documento que lo acredite.

5.<sup>a</sup> Los trabajos se entregarán en paquete cerrado y con un lema, y á la vez, bajo sobre, con el lema lacrado, se entregará el nombre y domicilio del concursante.

6.<sup>a</sup> Formarán el Jurado calificador los Sres. D. Manuel del Palacio, D. Benito Pérez Galdós y D. Jacinto Benavente.

7.<sup>a</sup> El premio consistirá en DOSCIENTAS CINCUENTA PESETAS, que se entregarán al autor del artículo que designe el Jurado.

8.<sup>a</sup> El artículo que obtenga la preferencia del Jurado se publicará en el número del día 30 de Marzo de 1902.

9.<sup>a</sup> Los trabajos no premiados podrán ser recogidos por sus autores hasta el 10 de Abril de 1902.

Madrid 10 de Enero 1902.

## La información de GENTE VIEJA

¡Pero qué intelectualismo se respira!

Todos los días las prensas «gime que gime», vomitando páginas y páginas. Todas las noches los teatros llenos de «vencidos y de vírgenes y.... de obras y más obras.»

Ciertamente que D. Tancredo cayó como maná bendito, precisamente por lo *suculento* de nuestras diversiones de hoy, que han menester clave, Diccionario geográfico, el Cálculo diferencial de Archilla, la historia de China, los estudios de Galois, y.... «Me alegro-

Verte-Bueno», de Mr. Camelo, obra que mejor que otra alguna conocen y citan los intelectuales *nouveau siècle*.

El espíritu va reclamando algo plácido y sencillote; la pirueta del clown, los discursos de Rodríguez San Pedro, algo que adormezca este desequilibrio inestable, este saltar constante de idea en idea, atravesando á trompicones lo conceptual é intrincado.

Se *ponen* unas barracas de dancistas donde poder bostezar y hablar á gritos; pues nos traducen las artistas para obligarnos á saber apellidarlas *dansenses*.

Todo es *super*. A todo hay que darle el cuadrado de su valor; ver intención y fondo en todo y escudriñar, entresacando de vez en cuando un nombre fidedigno y alguno hiperbólico, para lograr patente de supercultísimo, sin cuyo requisito no puede vivirse en el mundo de las Letras.

¡Si se leyera lo que se dice que se lee, nuestros cultos estornudarían alfabetos y sudarían gerundios!

### Modas:

Llevan ahora las señoras unos corsés que las hacen andar como las *Marionnettes*, y que son chusquisimos; — deben serlo.

Fíjense ustedes en los tranvías. Dama á la moda, dama que, en el borde del asiento, amenaza constantemente levantarse. Diríase que esperaba, por ejemplo, la presencia del revisor para escapar con premura.

¡Camará, es abroncante! (*moderne-style*).

¿Y qué me dicen ustedes de los abrigos-cucuruchos?

Un cucuruchete de espléndida tela montagnard, con dos bolsillos en sentido vertical, para apoyar en uno el pulgarcito y en otro una cachaba á estilo de alpinista; por la base lúcese dos patitas de perdiz ó de cardinal, únicos seres que hasta ahora habíánlas usado rojas; y por el vértice asoman unos bigotes enfurecidos y una cáscara reluciente dividida por una raya central sobre el sitio donde puede estar el cerebro. Gabancitos con vuelo ¡muchos vuelos! ¡Justo es tenerlos en alguna parte!

La moda, esa gran señora que pisotea detritus preciosos y enarbola gallarda una basura en su loca carrera con aire de triunfo, es el gran índice, la espuma de lo que se vive.

Por eso las mujeres visten *trajes-tailleurs* y los hombres chalequitos de raso!

En el Congreso, turno impar: no tiene pareja. Lo que ignoramos es si será de los últimos turnos. Porque hay que convenir en que el sistema parlamentario está llamado á desaparecer como los tontillos y los miriñaques. Es artefacto pomposo y hueco.

Se dicen las mayores atrocidades y.... se oyen, y á ningún fin conducen.

Un Catedrático acaudilla los estudiantes oficiales y no sé si á las cigarreras, y Sancho en la Insula Barataria.... No, Sancho era Sancho: respetémosle.

Maura opta también por el sistema de propaganda á domicilio: tiene reglamentada su tropa, y en la paz, cada quisque en su casa, rebajado de rancho y esperando que el clarín dé la orden.

¿He dicho política á domicilio?

Sí, eso es. En Majalandrín discurso y banquete, y «los amigos quedaron satisfechísimos y convencidos?...»

Lo bueno es que en cuanto D. Mengano lo lee, pesca

el discurso para el Ateneo ó la Academia, el *menú* para el restaurant ó el colmado, dos pares de calcetines y 85 nombres de distritos y.... «los amigos quedan satisfechísimos, convencidos de lo contrario que consiguió hacerles pensar el *comisionista* político, que fué primero.

Por eso venir á hacer política equivale á venir á hacer guiños.

\* \*

Benlliure se encarga de la dirección de la Academia de Bellas Artes española en Roma. Hombre de alien-tos, joven *de veras*, en toda la plenitud del genio, esperamos de él mucho y le deseamos nuevos eslabones en su larga cadena de triunfos.

\* \*

Se habla de una parodia de las *Virgenes Locas*, tan maravillosamente arreglada por Llana y Francos, titulada *Virgenes rabiosas*, en la que un manojo de doncellitas maltratan al implacable Weyler, y en la que, según nos dicen, hay escenas de muchísima gracia.

Aguárdase con impaciencia el estreno de Gutiérrez-Gamero, y está muy próximo el de Zapata, *María Teresa*.

¡Estrenos, estrenos!

Es indudable que las civilizaciones hacen con el espíritu lo que la ley de gravedad con el objeto que cae en el espacio: «El primer segundo avanza nueve pies, el segundo cuadra, y así sucesivamente.»

Por eso llega la velocidad inapreciable, *el colmo*. Por eso hoy nacen los chiquillos con los ojos abiertos.

CAGLIOSTRO.

## UNO QUE SE RETIRA

Me preguntas, Juana, que si voy al baile.... no voy, mas si insistes en que te acompañe, iré hasta la puerta y allí, busca un paje. Ya para dar bromas me siento cobarde, y para sufrirlas me falta el aguante. De máscaras huyo pequeñas y grandes, pues he visto tantas y de tantas clases mudar de fortuna, de nombres y trajes, resultando á veces los Cresos adanes, Herodes los héroes, y las hijas madres, que habiendo caretas, y las hay á pares, en plazas, teatros, congresos y calles, que no se me acerquen, que no me empalaguen, ni chillen, ni empujen, ni metan, ni saquen,

pues andan mis ojos  
muy torpes de alcance,  
y por el olfato  
no conozco á nadie!

MANUEL DEL PALACIO.

## NAPOLEON EN EGIPTO

Para circunscribir á los estrechos límites de un artículo la reseña de esta campaña, magnífica epopeya del poderoso genio militar de un hombre notabilísimo, casi un dios Marte, nuestra narracion tiene que ser forzosamente pálida y sucinta al trazar, no mas que á grandes rasgos, la empresa de los argonautas franceses, pasmo y admiracion todavia de la entonces atribulada Europa.

Era el 19 de Mayo de 1798: quinientas velas de todos tamaños y condiciones, al mando del almirante Brueys, se desplegaron ostentadamente al viento, así como extienden sus cortadoras alas las aves marinas; los habitantes de Tolon mirábanlas partir con asombro, y aun las mismas ondas, amedrentadas y estremecidas, parecían mas bien gemir bajo su peso, que mostrarse irritadas. Esta imponente armada, una de las mas numerosas que surcaron los mares, conducía 40.000 hombres, con más los 10.000 marineros que la servían. El objeto de dicha expedición marítima era para todos un arcano: la Europa lo ignoraba: hasta la suspicaz Inglaterra, que lo presentía, tardó bastante tiempo en adivinarlo, siendo inútiles, por el pronto, las investigaciones de sus escuadras.

Los expedicionarios avistaron á Malta el 9 de Junio; pidieron descansar en ella.... diez días no mas habían transcurrido; pero cuando sonó el cañonazo de despedida, ya la bandera tricolor se ostentaba triunfante sobre las mas altas fortificaciones de aquella isla, en la que á la inclita orden de los caballeros de San Juan habia sucedido una guarnición francesa. El Águila, que desde las nevadas cumbres de los Alpes habia descendido á las fértiles llanuras de la Italia, llevando siempre consigo la victoria y á todas partes el espanto, no era posible que al atravesar los mares en pos de una gran conquista, y habiéndose posado, siquiera fuese por momentos, en aquel hermoso nido del Mediterráneo, levantase su majestuoso vuelo sin llevar entre sus garras, como trofeo insigne, la cruz blanca de los famosos Hospitalarios, terror un tiempo de los piratas moriscos.

\*  
\*\*

Pero esta presa tenia escaso valor para Bonaparte: otras mas preciadas buscaba su insaciable ambicion....

¡Mirad á la antigua ciudad de los Ptolomeos, ya desceñido su hermoso manto de reina, hecho jirones, aparecer de repente á los atónitos ojos de los intrépidos soldados franceses, cuya flota se acerca á las playas. Rasgado al fin el velo del misterio, nadie vacila; todos, á pesar de lo arduo y gigantesco de la empresa que se va á llevar á cabo, no experimentan temor alguno. La buena estrella, el superior talento de su caudillo, les inspiran la mayor confianza, y el desembarque principia. La noche ha tendido su negro manto y el mar se muestra irritado. No obstante, el nuevo sol sorprenderá á los habitantes de Alejandría, viendo ya junto á sus muros 4.000 soldados de la República....

Y así sucedió, en efecto; casi sin resistencia, el 2 de Julio cayó población tan importante en poder de la Francia.

No sólo no abusó Napoleon de su fácil victoria, sino que, hábil y profundo político, trató de captarse el respeto y las simpatías de aquellos habitantes, haciéndoles comprender que él no iba á asolar el país, ni á quitarles sus mujeres, sus autoridades, sus creencias religiosas, sus tesoros, sus costumbres, ni á hacer nada, finalmente, en contra del Gran Señor, sino á libertarles de lo dominacion de los mamelucos y vengar á la vez los ultrajes que estos habían hecho á su nacion. En este sentido escribió varias proclamas con frases y giros verdadera-

mente orientales, revistiéndose de una mision divina y procurando que circularan por todas las provincias, con el objeto de fascinar á las gentes, y ya que no alcanzase prosélitos, conseguir no hacerse enemigos, reduciendo su número á los que lo eran del país y le saqueaban y le tenían en la mayor esclavitud.

El éxito probó, en gran parte, la exactitud de sus cálculos, logrando aislar, cuanto era posible en tan breve tiempo, la accion de aquellos á quienes tenia que vencer en el terreno de las armas.

\*  
\*\*

Y en verdad que no se explicaria la rápida y fabulosa conquista de Egipto, sino fuera por todo esto, que siempre deberian tener muy en cuenta los ejércitos invasores, para hacer fructíferos y duraderos sus triunfos. De esta sabia conducta nos presentan muchos ejemplos las invictas legiones romanas, que si bien ataban los pueblos al carro de sus victorias, no derribaban sus altares y respetaban hasta sus preocupaciones, dotándoles no pocas veces de instituciones cuya bondad nadie ha desconocido. Sin tolerancia, sin respeto á lo existente, sin transigir con todo aquello que solo el tiempo puede desterrar poco á poco, sin medidas beneficiosas é innovaciones prudentes, no hay conquista que se consolide, ni pueblo que se avenga nunca á sufrir el yugo extranjero, por pesado y vergonzoso que sea el que le haya impuesto el déspota mas brutal y despreciable.

\*  
\*\*

Napoleon, que no era un conquistador vulgar y renuncia las mas privilegiadas dotes, pensador y guerrero á la vez, comprendió al primer golpe de vista, con esa intuición, patrimonio de las almas grandes, el modo de apoderarse mas fácilmente de tan vasto territorio, en el que el vandalismo y la incuria imprimian su fatal sello.

El Egipto, cuya historia se pierde en la noche de los tiempos, consignada en sus asombrosos jeroglíficos de piedra; cuna misteriosa de las ciencias, á donde acudian los antiguos sabios de la Grecia para sorprender sus secretos é iluminar con su clara antorcha la razon humana; emporio comercial del África, del Asia y de la India; granero del mundo; el Egipto, pues, hallábase á la sazón en la mas abyecta servidumbre, convertido en un monton de ruinas, entre las que se movian esparcidos los restos de diferentes pueblos, ya degenerados, y sufriendo el azote de los mamelucos, sujetos tan solo al mandato de sus veinticuatro beyes. Esta terrible tropa estaba compuesta de los mas audaces y gallardos jinetes del universo, que como carecían de patria y aun de nombre, no tenían cariño á la tierra que pisaban. Hijos de la hermosa raza de la Circasia, eran comprados ó robados cuando niños, por orden especial del emperador otomano, para formar una milicia escogida y valerosa; así es que solo amaban su caballo y sus armas de combate. La ignorancia, las maldades y tropelías de estos bárbaros eran proverbiales en todo el país, administrado y regido pésimamente por dos bajás, que tambien entraban á la parte en el botín, y por esto no podían ó no querían hacer respetar su autoridad en nombre de la Sublime Puerta, supeditados como se hallaban por la irritante aristocracia mameluca, árbitra de hecho, ya que no de derecho, de la suerte de coptos, árabes y turcos, quienes constituían principalmente la escasa población del Egipto, unos tres millones de habitantes, siendo así que en otro tiempo ascendían á mas de veinte.

Hechas estas observaciones, precisas de todo punto para la mejor apreciacion de los sucesos, cúmplenos ahora enumerarlos.

\*  
\*\*

Luego que se hubo planteado en Alejandría la autoridad francesa, creando una especie de municipio, púsose el ejército en movimiento, y abandonando el Delta, se dirigió al Cairo por el desierto Damanhour. En Chebreis tuvo lugar un combate (13 Julio), precursor de otras victorias, pues las tropas se familiarizaron con la nueva clase de enemigos con quienes tenían que

habérselas. El 21, al romper el alba, se descubrieron los altos minaretes del Cairo, soberbio bazar y punto de descanso de las diversas caravanas que atraviesan las arenas de los desiertos, y un espectáculo, tan nuevo como imponente, se presentó á su vista, llenando su corazón de emociones desconocidas; este espectáculo era el de las Pirámides.—Entonces fué cuando Napoleon, impresionado vivamente, exclamó:—*Pensad que, desde lo alto de esos monumentos, cuarenta siglos os contemplan*; frase sublime, que no podia dirigirse sino á hombres que habían presenciado las tormentas revolucionarias de su época en la Convencion, ó percibido cuando menos el eco de voces tan potentes como las de Vergniaud, Danton, Isnard, Lanjuinais, Louvet y otros célebres oradores, que con su elocuencia fascinaban los ánimos, encendiendo las pasiones de las masas populares.

La batalla, dada al frente de las Pirámides, junto al Nilo, tuvo un desenlace fatal para Murad-Bey, que acaudillaba 12.000 mamelucos y numerosas fuerzas irregulares. Unos huyeron á la Siria; otros, á la soledad del desierto, quemando antes sus tesoros. La infantería francesa, con sus famosos cuadros, inflamadas y movibles ciudadelas de hierro, resistió, rechazó y desordenó por último aquellas tremendas masas de caballería, cuyo impetuoso y bárbaro acontecimiento sólo puede compararse, por su fuerza y su choque, á los aludes de la montaña cuando, atronando los valles, se desploman con horroroso estruendo.

\*  
\*\*

Triunfante Napoleon, se condujo en el Cairo lo mismo que en Alejandría, cobrando gran ascendiente, al poco tiempo, entre coptos y árabes; mirábasele como á un libertador, y como si su origen fuese divino; por eso en todas partes, hasta en las mezquitas, se ensalzaban sus hechos, llamándole *el enviado de Dios, favorito de la victoria y del gran Alá*. Dueño ya del Cairo, destinó varias fuerzas para acabar de someter las provincias rebeldes, particularmente todo el Alto Egipto, lo cual no se logró hasta que Desais quedó vencedor en el sangriento y desigual combate de Sediman.

Verificóse asimismo por aquellos días la fundacion del renombrado Instituto que tantas mejoras debía intentar, tantos descubrimientos hacer y abrir tantas vías nuevas para que el Egipto llegara á prosperar un día y caminase felizmente, como en la actualidad le sucede, por la ancha senda de la civilizacion y del progreso, dejándose atrás á toda la Turquía.

\*  
\*\*

Entretanto que tan bellos resultados conseguia el joven Bonaparte, sumamente satisfecho al ver la admirable igualdad con que secundaban todos sus pensamientos, en la parte científico-social, Peyre, Andreossi, Lefèvre, Malus, Delisle, Savigny, Regnault, Berthollet, Laffarelli, Costaz, Nouet, Mechain y Denou—sabios y artistas de indispensable mérito,—y en la parte guerrero-gubernativa hombres de tanta talla como Desaix, Klever, Murat, Regnier, Destaing, Dugna, Menon, Cretin, Bon y Junot; entretanto, decimos, que la colosal ambicion del héroe extendia sus raudas alas por los horizontes de lo porvenir, soñando acaso con la conquista de todo el Oriente, se verificaba en la rada de Abukir la derrota de su escuadra por los navíos ingleses, al mando de Nelson.

En este combate, desastroso en alto grado para la Francia, y que ponía en gran aprieto á Napoleon, privándole de apoyo y recursos, murió el almirante Brueys, atravesado por una bala de cañon. Pero tan terrible golpe no conturbó su ánimo sino por un instante: para distraer sus huestes y escitar su entusiasmo, quiso celebrar el aniversario de la República, mandando grabar en la columna de Pompeyo los nombres de los cuarenta primeros soldados que habían muerto en Egipto y dirigiéndolas éstas palabras solemnes, en que tan de relieve se ponen los brillantes hechos de aquel ejército, tan rico de laureles:

«Soldados: Estamos celebrando el primer día del año VII de la República.

»Hace cinco años que se hallaba amenazada la independencia del pueblo francés; pero tomásteis á Tolon, y esto fué el presagio de la ruina de vuestros enemigos.

»Un año despues, batísteis en Dego á los austriacos.

»Al siguiente, ya estábais en las cimas de los Alpes.

»Hace dos años que luchábais aun contra Mántua y ganábais la célebre victoria de San Jorge.

»El año pasado os hallábais en el nacimiento del Drawe y del Isozoro, de vuelta de Alemania.

»Desde el inglés, tan célebre en las artes y en el comercio, hasta el horrendo y feroz beduino, todo el mundo tiene fijas sus miradas sobre vosotros.

»Soldados: Vuestro destino es glorioso, porque sois dignos de vuestros propios hechos y de la opinion que os habeis granjeado. Moriréis con honor, como los valientes cuyos nombres están grabados en esa pirámide, ó volveréis á vuestra patria coronados de laureles y acompañados de la admiracion de todos los pueblos.»

\*  
\*\*

Al poco tiempo de haber tenido noticia del desastre de Abukir, supo tambien Bonaparte los inmensos preparativos de guerra que contra él hacía la Puerta, auxiliada por los ingleses. Espíritu inmortal, abrasado por un alma de fuego, se decidió á marchar repentinamente (principios de Febrero de 1799) sobre la Siria, donde contaba con la ayuda de los habitantes del Líbano, —tribus cristianas y mahometanos cismáticos.— Los expedicionarios solo se elevaban á la cifra de trece mil hombres, entre cuyas fuerzas habia que contar un regimiento de nueva creacion, que prestaba incalculables servicios: este regimiento era el de los dromedarios, en cada uno de los cuales iban sentados dos hombres, espalda con espalda. Para dar una idea de la fuerza veloz de aquellos animales y de su utilidad en campaña, baste decir que andaban veinte y cinco y treinta leguas sin descanso.

Nuevos trabajos, privaciones y fatigas, al atravesar el desierto; nuevas y celebradas victorias despues, aunque frustrada la toma de San Juan de Acre, la antigua Tolemaida, cuyo sitio duró dos meses: hé aquí compendiado en pocas palabras el éxito de expedicion tan atrevida. El 17 del citado mes se entregó á los franceses la guarnicion del fuerte de El Arisch: luego tomaron á Gazah y el 17 de Marzo asaltaron á Jaffa, donde se entró á degüello y hubo treinta horas de saqueo.

Durante el sitio de San Juan de Acre, plaza á la que los buques ingleses proporcionaron abundantes recursos, se dió una gran batalla cerca del monte Tabor, entre los ejércitos francés y turco, quedando por el primero el campo, triunfo tanto más notable, cuanto que al hablar de este último decian los mismos mahometanos, con ese lujo de metáfora que les caracteriza, *ser tan numeroso como las estrellas del cielo y las arenas del mar.*

Así, pues, el sultán Kebir (*sultan del fuego*), que de este modo se le apellidaba á Napoleon en Africa y en Asia, tuvo el placer de que la bandera francesa ondease victoriosa, no solo en el territorio, que fecundiza el Nilo, como ya lo habia visto, sinó tambien en el que baña melancólicamente el Jordan; placer amargado algun tanto con el disgusto de tener que volverse (20 de Mayo) á Egipto, amenazado por otro ejército contrario, sin lograr la rendicion de la plaza asediada, que habia recibido nuevos refuerzos y rechazado los repetidos asaltos de los franceses, entre quienes la peste comenzaba á causar víctimas.

A su regreso á Egipto, despues de tres meses de ausencia, la insurreccion habia cundido por todo el Delta: tambien el descontento, próximo á manifestarse aun entre los más adictos á su persona, comenzó á hacerse mas visible. Con algunos ejemplares y diversas medidas restableció la calma y el orden en el país, impidiendo asimismo con su autoridad, siempre acatada, y su fortaleza para sobrellevar toda clase de trabajos y pesares, que el disgusto tomase proporciones en el ánimo de sus soldados, deseosos de ver ya el cielo de la patria. Haciéndose superior á las circunstancias, trató de prepararse á resistir el guarismo elevado de combatientes que la Puerta Otomana enviaba contra él por

mar. El 11 de Julio apareció á la vista de Alejandria aquel nuevo ejército, conducido por numerosos transportes, á los que daba escolta la division naval inglesa de Sidney-Smith. Fondearon los turcos en la misma bahia en que habian sido derrotados los buques franceses; saltaron á tierra, y, apoderándose de Abukir, la guarnicion fué pasada á cuchillo....

Saber esto Bonaparte, dar sus órdenes inmediatamente y emprender, rápido como el rayo, una de aquellas marchas extraordinarias, que en él eran tan comunes, todo fué obra de momentos. El dios de la guerra, Marte en persona, no hubiera hecho mas: se presentó de improviso ante las tropas enemigas; las suyas no pasaban de seis mil hombres; sus otras divisiones no habian llegado aun; pero entre esperarlas y atacar desde luego á los turcos, se resolvió por este último partido, fiado en los poderosos recursos de su genio y en su feliz estrella. La lucha estuvo reñidísima y presentó fases diferentes....

¡Qué triunfo tan inmenso el de las armas francesas en este dia! La razon se resiste á dar crédito á lo que nos cuentan los historiadores: Napeleon, con tan escasa fuerza, acorraló y deshizo á mas de veinte mil hombres, de los que perecieron, si no todos al fuego y al hierro, ahogados en su mayor parte, puesto que mas de doce mil cadáveres flotaban sobre las mismas ondas que tiñeron con su sangre, aun hacia poco tiempo, los marinos franceses. ¡El desquite no pudo ser mas terrible! Si algo hubiese faltado á Bonaparte, como táctico eminente y sin par, esta sola jornada habia bastado para llenar con su nombre la tierra. Comprendiéndolo así, sin duda, y arrebatado por un entusiasmo indescriptible, Klever le abrazó, exclamando: *General, sois tan grande como el mundo.*

\*  
\*\*

Con esta extraordinaria batalla termina la campaña de Napoleon en Egipto, pues habiendo sabido que la Francia se encontraba en peligro, y considerando allí asegurada por algun tiempo la dominacion francesa, en el mero hecho de haber destruido con tan sigular fortuna los ejércitos contrarios, el 24 de Agosto abandonó, acompañado de Berthier, Lannes, Murat, Marmont y otros de sus mejores amigos, el teatro de sus recientes glorias. Como tantas otras veces, jugaba el todo por el todo, al tener que burlar, hasta llegar á su destino, la esquisita vigilancia de los cruceros ingleses. La Fortuna, su diosa tutelar, le protegió tambien en esta ocasion; y en vez de gemir prisionero en Lóndres, arribó con toda felicidad (9 de Octubre) á Frejus. Veloz corrió la fausta nueva de su regreso por toda la Francia, en donde le esperaba un trono y en la que se le recibió como á un semi-dios, con las mayores demostraciones de júbilo, anunciando su vuelta en los teatros, repicando las campanas y en medio de ruidosas salvas de artilleria. Sus hazañas corrian de boca en boca, su nombre se pronunciaba con entusiasmo, con veneracion profunda: se le creia capaz de cumplir los mas altos destinos, y todos, grandes y pequeñas, hasta las mujeres, le rindieron culto prosternándose ante el poder de su espada y la magia de su talento.

\*  
\*\*

Se ha dicho que la campaña de Egipto fué una brillante locura, el sueño de un coloso, realizado en gran parte, es verdad, pero sin resultados positivos y beneficiosos para la Francia, que perdió mucha sangre, mucho oro.... Acaso haya algo de razon en todo esto, á pesar de tan soberbios triunfos, puesto que viéndose las tropas obligadas á evacuar aquel país en 1800, por un cúmulo de circunstancias que seria peligro referir, y los ingleses prepararon y explotaron á las mil maravillas, no se consiguió el ulterior y principal objeto político de esta conquista, que unida á otras de segundo orden, hubiera podido conducir, como inmediata consecuencia, á que se convirtiese en lago francés el Mediterráneo: aspiracion constante de la nacion rival temible de Inglaterra.

M. DE LLANO PÉRSI.

## EL BÚCARO ROTO<sup>1</sup>

(DE SULLY-PRUDHOMME)

El búcaro, do muere esa flor pura,  
un golpe de abanico lo quebró;  
—y tan ligera fué la rozadura  
que ni el más leve ruido se advirtió.

Pero la breve, imperceptible grieta,  
con marcha lenta y precisión fatal,  
prosiguiendo tenaz su obra secreta,  
rodó todo el circuito del cristal.

El agua fué cayendo gota á gota,  
y la espléndida flor marchita veis.  
Aunque nadie lo observa, ni lo nota,  
roto el búcaro está: ¡no lo toquéis!

Así, á veces, la mano más querida,  
nos roza sutilmente el corazón;  
y lenta se abre su secreta herida  
y se mustia la flor de su ilusión.

Todos lo juzgarán robusto y fuerte,  
mas la oculta lesión creciendo va:  
nadie su mal desconocido advierte,  
pero ¡no lo toquéis! roto está ya.

TEODORO LLORENTE.

## Información especial de GENTE VIEJA

*En presencia de las corrientes socialistas que en Europa van determinándose, ¿cuál es el deber de los Gobiernos, de los publicistas y de la industria y el comercio, considerados legítimamente como clases directoras de la sociedad?*

¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Tantos y tan graves son los problemas políticos sociales que á diario, y á cada momento, surgen en Europa, y muy particularmente en esta desdichadísima é incorregible Nación, que me maravilla la quietud y tranquilidad absoluta con que nuestros gobernantes se inhiben de asunto tan primordial como es todo aquello que tiende á la guerra constante de clases, á la total indisciplina de los subordinados, subordinados que á su vez se encuentran con la más temible de las insubordinaciones: la de las autoridades de los diferentes poderes públicos.

Esa indisciplina de arriba es la que nos ha traído la insubordinación de abajo; y de no corregirse el mal con la honradez y prontitud debida, no es mucho aventurar suponer que en plazo relativamente corto sobrevenga la gran catástrofe social.

Y ciertamente que entonces nadie podrá decir que las consecuencias de verdadera anarquía, no estén justificadas; porque ni en lo humano ni en lo divino deben existir leyes que nieguen el derecho á la vida, y entiendo yo que, hasta el presente, la ley.... ¡qué digo la ley! los hombres quitan á unos lo que se llevan los otros.

Búsquese, pues, la equidad; y una vez conseguido, no haya temor á revoluciones políticas; porque aquí, como en todas partes, el verdadero revolucionario es el hambre.

Nada importa la forma de gobierno si el gobierno es bueno, como tampoco importa que el capital siga siendo capital, mientras que el trabajo perciba lo suyo.

Socialismo.... anarquismo.... etc., etc., todo esto constituiría un mito ante la buena fe de los hombres.

Haciendo desaparecer los explotadores, claro es, que no habría explotados y se acortaría la distancia entre ambos grupos.

Que los Gobiernos gobiernen; que la Industria y el Comercio produzcan y vendan en buenas con-

<sup>1</sup> Esta composición fué una de las que más llamaron la atención en París cuando se dió á conocer como poeta el eminente vate que ahora ha obtenido el premio de la poesía en el concurso del espléndido mecenas noruego Sr. Novel.

diciones, atendiendo y cuidando á su hermano, el operario; que la Hacienda no aspire á llevarse el producto de lo que confeccionan máquinas y telares; que el obrero no exija salarios que en justicia excedan de lo que produzca; que el publicista se atenga á hablar de lo que conozca, y á su buen criterio una la honradez; y así aprendiendo, todos, todos, en suma, á cumplir con nuestro deber — *no negando al prójimo lo que es del prójimo*, — tendremos solucionado un conflicto que.... no se solucionará, porque hemos olvidado la célebre máxima de:

*¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

ADOLFO FERNANDEZ BRAÑAS.

\* \* \*

Contestar en unas cuartillas al cuestionario que nos da mi querido amigo Valero de Tornos, es punto menos que imposible; pero como no se trata de escribir un libro sobre el asunto (por mi parte ya lo hice no hace mucho tiempo), me someto á la demanda y entro desde luego en materia.

Los Gobiernos deben abordar resueltamente la cuestión del socialismo. ¿Ametrallando á los que tratan de redimirse, declarando el estado de sitio allí donde causan huelgas de importancia? ¿Que disparete! Instruyendo al obrero si no de grado, por fuerza: los remedios que llevan la salud se aplican sin contemplaciones.

Y al propio tiempo se hallan los gobernantes en la obligación de fomentar leyes que protejan al trabajo, llegando por medio de ellas á emanciparle del capital, emancipándose á su vez los mismos gobernantes, que son las primeras víctimas de la tiranía del dinero.

El Gobierno debe hacer á toda costa que el hombre laborioso, sea de la clase que quiera, encuentre la proporcional remuneración á sus desvelos y que todos trabajen mientras sus fuerzas lo permitan, viviendo despues (sin mendigar) cuando la vida paraliza todas las energías.

Si en las grandes industrias entran por igual el trabajo, la inteligencia y el dinero, ¿por qué ha de ser este el único que no ponga límite á sus beneficios? ¿por qué no ha de fijarse tasa á los del capital, como se fija á los de los otros elementos? Las ganancias deben repartirse proporcionalmente entre los tres factores indicados.

El absolutismo del capital es el más odioso, el más absurdo, el que más se aparta de la caridad, de la justicia y de la honradez. Lo consiente los Gobiernos porque son, repito, son las primera víctimas de esos grandes acaparadores de oro que dominan el mundo, y mal pueden redimir los que necesitan ser redimidos. Las grandes doctrinas son llevadas á la práctica por los hombres libres, por los que nada temen, jamás por los esclavos.

Los industriales y capitalistas pueden y deben dar el primer paso hacia la regeneración social, mientras los Gobiernos se colocan en condiciones de reñir una batalla decisiva. ¿Cómo? Haciendo que participen de las utilidades todos los elementos que las producen, no colocando lo vil por encima de lo sublime, no dando al oro infinitamente más valor que al trabajo y á la inteligencia. Así las huelgas habrían muerto para siempre, porque nadie conspira contra sus intereses, y los del obrero estarían basados, en los del capital.

Los publicistas tienen la obligación de ilustrar á ese pueblo, ansioso de redimirse, para que conozca las causas de su malestar y sepa el verdadero camino que ha de seguir, mostrándole claramente por medio del relato, de la sátira, del ejemplo, los errores en que vive, quitándole esas ideas de venganza y odio contra los que él tiene por opresores sólo porque visten un traje distinto al suyo y que es casi siempre un *Inrri*.

Y por último, la prensa no cumplirá su misión, se prostituirá, será un inmenso obstáculo á la regeneración social, si se convierte en esclava del público por un negocio de empresa, si halaga las pasiones y los gustos insanos del pueblo por aumentar la venta, si continúa embruteciendo al obrero hablándole incesantemente y con prolija minuciosidad de crímenes que á lo sumo merecen una gacetilla, si concede más importancia al autor de un asesinato que al de una obra literaria.

PASCUAL MILLÁN.

(Cumpliendo las indicaciones de D. Luis Fernández Guerra, en su cablegrama transmitido por Mariano de Cavia.)

## NO ES BIEN AMAR POR PODER

ENSAYO DE UNA COMEDIA del siglo XVII

de un ingenio de esta Corte.

Con las licencias necesarias.

MADRID

En la oficina de Diego Díaz de la Carrera.

MDCLXII

Véndese al pie de la torre de Santa Cruz y en la covachuela de San Felipe el Real.

### II

Sintiendo que la mucha extensión de la comedia NO ES BIEN AMAR POR PODER no nos permita insertarla íntegra, publicamos en este número la siguiente escena, que encierra el pensamiento generador que ha servido á la inspiración del poeta, y llamamos la atención de los eruditos sobre esta producción literaria, escrita muchos años antes que *Cyrano de Bergerac*.

### ESCENA V

LUIS DE BELMONTE y ALARCÓN, de noche; saliendo por el fondo.

BELMONTE  
¿Cosa que cuidado sea?

ALARCÓN  
Tiempo há que el pecho le abriga.

BELMONTE  
No sé acaso qué te diga si enamorado te vea. Ella buscar la ocasión, ella llover sus finezas... Muy bien, Alarcón, empiezas.

ALARCÓN  
¿Pero, en fin, soy Alarcón! Há tiempo que ella es la luz que alumbrá mi entendimiento.

BELMONTE  
Por eso no fuiste atento con doña Clara en la Cruz. ¿Pues hablástela algún día?

ALARCÓN  
Jamás mi voz en su esfera resonó.

BELMONTE  
Gentil quimera amar sin hablar sería. Que por rigor de los cielos nace del mirar amor; crece, en hablando, el favor, y muere sólo de celos. No malogres la ocasión, Alarcón, que se te ofrece, que ni llovida parece...

ALARCÓN  
Pero, en fin, soy Alarcón. Mi cuita es tal, que decilla es decir sólo sufrir, y á Méjico hube de huir por lo que pasé en Sevilla. Mi patria abandoné triste sin vislumbre de esperanza, que en la corte sólo alcanza el que con favor asiste. Teniendo ideas confusas de la corte, vine á ver si aquí daban de comer á sus ahijados, las musas, y estoy, con efeto, viendo al que es osado medrando, al que no vale alcanzando, y al que escribe pereciendo. Mi desventura sentí con tan extremo rigor, que á Indias tuve por favor, aunque de Indias procedí. Lluven en mí, sin razón, burlas leves y sangrientas que, sin tocar en afrentas, punzantes espinas son. En San Gil, diciendo misa, hoy á Tirso hube de hallar, y en llegándome á mirar no pudo tener la risa. Y es que recordó sospecho que tengo cierto entredicho, pues, hablando de mí, ha dicho que soy poeta mal hecho. Que él es quien ha celebrado

el que con el mismo fin con ingenio aun en latín me llamasen *cor quo vado*. Á Quevedo tengo miedo, que á la menor ocasión llueve en mí chanzas que son en fin como de Quevedo. Apenas pasan los días sin que desventuras tope, y aun atribuyen á Lope muchas de las obras mías!

BELMONTE  
Si por buenas las aclaman con decillo así es muy justo, que á todo lo que es de gusto agora de Lope llaman.

ALARCÓN  
Mas no por eso se dice que no lo sé merecer. Es que se dan á entender que tal vez yo no las hice. Quien con tal ventura nace, ¿cómo quieres que enamore? ¿Quién hay que mi talle adore ni que mi amor no rechace? Que si son mis partes altas, cual se muestra por las obras, bien entiendo que son *sobras*, por más que las dicen *faltas*.

BELMONTE  
Que loco estás imagino ó no te ves, Alarcón.

ALARCÓN  
Antes por verme; estas son desventuras del destino.

BELMONTE  
Aún debieras intentar verla, si te hace sufrir.

ALARCÓN  
¿Para qué, para morir?

BELMONTE  
¿Pues qué más morir que amar?

ALARCÓN  
Una invención he de hacer dando traza tú, si quieres; que la veas, como que eres Alarcón.

BELMONTE  
¿Tendrá que ver!

Que pienso que nunca oí un desatino mayor; sé que hay terceros de amor, ¿pero sustitutos?

ALARCÓN  
Sí.

¿Desta suerte mi figura y mi condición extraña no ha de ver!

BELMONTE  
¡Notable hazaña con ribetes de locura!

Si dello resulta daño ¿cómo pretendes fingir cuando venimos de oír tus empeños de un engaño? ¡Serás Don Diego de Luna!

Muéstrate tal como eres, ya sabes que son mujeres.

ALARCÓN  
Ya sé lo que es mi fortuna. Que no goza tal favor don Juan Ruiz el corcovado como el autor celebrado del *diablo predicador*, aparte de que verás que en esta empresa sin miedo tendremos lo de Quevedo: *Quien más miente medra más*. Ya ves lo que hace Vallejo en ella con el mentir; púdesme sustituir, que vas, Luis, siendo viejo.

BELMONTE  
¿Tanto de ti desconfías que aún viejo te doy ventaja?

ALARCÓN  
¿Parécete humo de paja estas *escrescencias* mías?

BELMONTE  
En el hombre no has de ver su hermosura ó gentileza; su hermosura es su nobleza, su gentileza el saber. Despues de escrito eso quieres....

ALARCÓN  
Yo, en efeto, lo escribí, pero entonces no advertí que eso no habla con mujeres.

BELMONTE  
¿Mentiroso pensamiento!

ALARCÓN  
Propio será de un cuitado, pero es falsa en su mercado la moneda del talento. Lleva solo á la mujer un buen talle ó linda cara, solo en figura repara en comenzando á querer.

BELMONTE  
Lo visible es el tesoro de mozas faltas de seso.

ALARCÓN  
También yo he escrito eso y mi desventura lloro. Que si una mujer discreta es tan difícil de hallar como una perla en el mar, ¿cuál me querrá por poeta?

No verán mi discreción, pero verán mi corcova, y la discreta y la boba se burlarán de Alarcón. Ello, Belmonte, ha de ser.

BELMONTE  
Duéleme verte cuitado. *Jamás he visto acertado casamiento por poder*. En fin, si estás decidido fuerza es que el peligro afronte.

ALARCÓN  
Gran merced me haces, Belmonte.

BELMONTE  
Y aún debo de ir instruido para fingirme Alarcón. ¿Qué clase de dama es esta? ¿Es principal, es honesta? Dame agora tu licción que como llegue á entender que ella te quiere, aseguro tengas el triunfo seguro ó que no es ella mujer.

ALARCÓN  
Mujer es, y principal. Conocila ya en Sevilla, mas nunca pensé en servilla hasta en Madrid, por mi mal. No es de esas que mirar sueles que hicieran pecar á un Santo, cuando envueltas con el manto pasan haciendo caireles; ni de esas de cada día de Prado y calle Mayor; oro puro es Leonor, diamante, no argentería.

BELMONTE  
¿Y no la viste jamás, ni ella te conoce á ti?

ALARCÓN  
Sólo hoy en la Cruz la vi, con que no te digo más. No hace mucho, en los jardines, de Maceda y Monterey, en la fiesta que dió al Rey el duque para sus fines;

que con ser *noche*, y ver *noche* en la noche de San Juan, doña Leonor de Guzmán llevó allá el alba en su coche. Á saludarla llegó Pacheco, y yo con Quevedo contemplándola me quedo hasta que al fin se partió.

BELMONTE  
¿Y no es más que ese tu afán?

¿Bien dices que era de noche y que te vió desde el coche, y no de día, don Juan!

ALARCÓN  
Sobrína es de aquel señor que lanzó de los corrales las damas, con furias tales!

BELMONTE  
¿Famoso corregidor!

ALARCÓN  
Sin contar con que quitaba á esa diversión su encanto á ellas el uso del manto y su destino á *faraba*.

Tuvo en la *rúa* ocasión don Antonio de Mendoza de llegarse á su carroza, y ella le habló de Alarcón. Á llegarme al coche iba cuando dió en gritar Quevedo

“¿Dáros ha el galán miedo, que son flechas, que no giba!” Y tal me desconcertó, que no me acerqué jamás, y no la vi despues más gasta que en la Cruz entró, pero me escribió un papel (*Sácale*.)

BELMONTE  
¿Hablarás un siglo entero! Muestra acá el papel primero. Veamos qué dice en él: (*Tomándole*) Si pude el gerio admirar (*Leyendo*.) sin conocer el sujeto,

juzga cuál será el efeto cuando le llegue á tratar! y pues podeis visitar á una viuda honrada y rica, el deseo mortifica el ánsia de conoceros, pues por el placer de veros su recato sacrifica.”

¿Que me place este papel!

ALARCÓN  
Que es discreta ya conoces.

BELMONTE  
Pues que la ventura goces con que te brindan en él. Ella, en fin, ¿nunca te ha visto?

¿Bravamente discurrió! ¿Quien á Cupido pintó ciego, dijo que era listo! Que según viejas consejas, si para amar no hay mirar, es que puede amor entrar mil veces por las orejas

¿De fijo que ella te adora por tus comedias no más!

ALARCÓN  
¿Que no me vea jamás es lo que prevengo agora!

BELMONTE  
¿Es civil resolución! ¿Eres de bronce ó diamante? ¿Que harás si se muestra amante?

ALARCÓN  
Mostralle mi condición. BELMONTE  
Muy poco digna de loa; amante debes de ser ¿Qué es temer?

ALARCÓN  
¿No he de temer la lengua de Figueroa? Que aunque tú su amor alientes su lengua lo apaga luego, que es como echar en un fuego de *Juan Fernández* las fuentes. Hazlo así y mi mal remedias que es hora de comenzar.

BELMONTE  
¿Acabas de imaginar la mejor de tus comedias!

ALARCÓN  
Así mi gusto procura éin que en ello tenga parte. *Que alcanzan ingenio y arte lo que no amor y ventura*.

BELMONTE  
Gente llega aquí, Alarcón. (*D. Félix y Hernando atraviesan el foro y quedan ocultos*.)

ALARCÓN  
Es que pasa, á lo que creo; que es su calle jubileo de la mayor devoción. El mostrarnos no conviene.

BELMONTE  
¿Qué es temer? ¿Ella te adora!

ALARCÓN  
Esta es la casa en que mora, que enfrente las monjas tiene.

BELMONTE  
¿Mas calla! ¿que el alba sale!

ALARCÓN  
Mejor dijeras el sol (*Abren la reja*) bendito suelo español que en damas no hay quien le

[iguale.

## EXPEDIENTES

(ESTUDIO HISTÓRICO-ADMINISTRATIVO)

## I

Murió D. Juan Fernández, empleado que fué en Hacienda desde los tiempos en que tenía arrendada la sal D. José de Salamanca, y su viuda doña Felisa Gil, después de pasados los primeros días de dolor, y aconsejada por Pablito Jiménez, ex funcionario de la extinguida Dirección de casas de moneda, minas y fincas del Estado, determinó pedir su viudedad, que Jiménez calculaba que debía ser de 87 pesetas y 56 céntimos anuales, por no haber tenido el pobre Fernández ningún buen sueldo regulador.

Verificado el sepelio el 15 Agosto de 1870, se logró recoger la fe de defunción, por medio de algunos conocimientos, al cabo de un mes; y legalizada la situación de la viuda, obtuvo ésta, después de muchos paseos, que en la Junta de Clases Pasivas la dijese los documentos que tenía que presentar.

Hizo su instancia, y copiar en papel del Sello los títulos del pobre Fernández. Pero como éste, en treinta y seis años de servicios, había servido en veintisiete provincias, y con tanta traslación, amén de algunas cesantías, había sufrido el extravío de muchos documentos, hubo que pedir certificaciones á las Delegaciones de Cáceres, Teruel, Cuenca, Almería, Lugo y las Baleares, en cuyos puntos había servido *el causa-habiente*. En unos por estar los empleados con licencia; en otros, porque las partidas carlistas habían quemado algún archivo; en alguno, porque cuando la gloriosa se quemaron todos los antecedentes que podrían servir para declarar derechos pasivos, y en las Baleares, porque se perdió la primera comunicación, é indignada la Junta, formó un expediente gubernativo sobre el suceso, en que se tardó año medio en declarar que no había responsabilidad para nadie en la pérdida de aquel documento; hasta 1876, no logró doña Felisa tener corriente lo que en términos *burocráticos* se llama *las tripas del expediente*.

Con ellas arregladas, y la suya vacía por Enero de 1877, completó la documentación, que con cierto aire de triunfo, un día de audiencia logró entregar al oficial encargado, joven que al mismo tiempo seguía su carrera, y á quien solía verse muy difícilmente.

Pasados cuatro meses, fué doña Felisa creyendo ya tener su expediente despachado, y supo con dolor que no se había hecho nada en él, porque una de las certificaciones, precisamente la de las Baleares, no venía extendida en el papel correspondiente; por lo cual fué necesario hacer una instancia suplicando al presidente de la Junta que remitiese á las Baleares el pliego de tres reales que acompañaba la *exponente*, para subsanar la falta cometida.

Volvió el documento á los tres meses y tres días de la Delegación de las Baleares, y hecha la *compulsa* entre los documentos originales y sus copias, que también en papel sellado presentó la doña Felisa, resultaron algunas inexactitudes, como, por ejemplo, que en Teruel, en uno de cuyos partidos judiciales fué administrador subalterno de Rentas el difunto Fernández, se decía en la copia: *Subalterno de Ventas*; y por lo que hace á la provincia de Cuenca, uno de cuyos interventores, ya difunto, tenía por apellido *Merendón*, se había puesto en la copia *Merendando*; por todo lo cual fué necesario desglosar dos pliegos y llevarlos nuevamente á la *compulsa*; verificada la cual manifestó el oficial encargado del Negociado á doña Felisa, en primeros de Enero del 78, que *se diera una vuelta á fin de mes* y que se pondría el expediente al *acuerdo*.

En Febrero del citado año se presentó doña Felisa radiante de felicidad, y no pudo ver al oficial encargado, porque, director éste de una sociedad de bailes, que había de dar dos en el teatro de las Aguas, salió una noche tarde del citado coliseo de preparar el salón para las próximas fiestas de Carnaval, y tomó una *punta de dolor de costado*, que le tenía en cama. Y como se trataba de una enfermedad *ligera*, no se había encargado nadie de su Negociado.

Ya en Marzo, y cuando el oficial, á fuerza de

bailar frenéticamente la *galop infernal*, había sudado su temible rumadizo, hizo el extracto y aun puso su nota, entendiendo que, por virtud de la Ley el Sr. Figuerola, la doña Felisa no tenía derecho absolutamente á nada.

Informada ésta por un concienzudo agente de negocios — hombre muy entendido en esto de Clases de Pasivas, por ser apoderado de varias viudas, á quienes cobraba y hacía préstamos — mediante cuatro duros se alzó de aquel acuerdo ante el Ministro de Hacienda, y en fines de Abril llegó á presentar en el registro general del Ministerio su solicitud.

Pasó en Mayo, desde el registro á la Secretaría — que está probado que nunca tardan tanto los documentos como cuando tienen que ir de una dependencia á otra, estando ambas en el mismo edificio — y el auxiliar de la Secretaría que había de despacharla no pudo hacerlo en Mayo porque estaba en Archena: por fin, en Junio, puso un luminoso informe, manifestando que lo que en primer término procedía era que informase la Junta de Clases Pasivas.

Fué en Junio á informe, y la Junta, como es natural, al remitir el expediente, se sostuvo en su primitiva opinión, por virtud de la cual, doña Felisa no tenía derecho á nada.

Al volver en Julio el expediente á la Secretaría de Hacienda, el auxiliar y el Oficial estaban con licencia; el Ministro acompañaba á la *jornada* en las provincias del Norte, y el subsecretario, que estaba en la Granja, sólo firmaba lo referente *al personal*; por lo cual doña Felisa tuvo que esperar hasta Septiembre, en que la Secretaría del Ministerio de Hacienda puso un informe *echando abajo* el de la Junta de Clases Pasivas y proponiendo que se diesen á doña Felisa las mismas 87 pesetas con 56 céntimos de que ocho años antes había hablado Pablito Jiménez, ya difunto.

¡Qué alegría la de doña Felisa cuando supo esta *precipitada* resolución!

No faltaba más que el *conforme* de S. E. para que de Real orden recibiese doña Felisa — ¡ahí es nada! — ocho años á 87 pesetas con 56 céntimos, cuando en calzado, en papel del Sello y en correo sólo, había gastado una bicoca.

Pero como ya las Cortes estaban abiertas — ya estamos en Noviembre — y el Ministro tenía que acudir á ellas, no se pudo poner el expediente *al despacho* hasta el día de *Todos los Santos*, en el que doña Felisa, de alegría, al pensar que su expediente se despachaba aquella tarde, compró una libra de panecillos en la calle de Hortaleza, capaces de descalabrar á una estatua de la Plaza de Oriente.

Con efecto: el día 2 se puso el expediente al despacho de S. E.; pero éste, hombre timorato y concienzudo, si los hay, al ver dos informes distintos *de los centros*, mandó el expediente en consulta á la Asesoría, donde éstos se despachan por turno riguroso, y donde había 427 antes del de nuestra heroína.

La Asesoría, por Febrero de 1879 en un luminisísimo informe, con 24 *Vistos*, 32 *Resultandos* y 43 *Considerandos*, en los que se citaba desde el *Fuero Juzgo* hasta la Ley Hipotecaria; es decir, desde Chindasvinto hasta Negrete, reconoció el derecho que á doña Felisa asistía. Pero no lo fundaba en las mismas razones que la Secretaría del Ministerio, sino que en diferentes Reales decretos y otras soberanas disposiciones, que decía: «El Tribunal de Clases Pasivas debía conocer, para aplicar rectamente, no sólo la letra que mata, sino el espíritu que vivifica».

Cuando ya, medio muerta doña Felisa, tuvo noticia de este informe, creía ¡la ilusa! que en cualquiera disposición legal que se fundase su derecho, por tal que éste existiera, el Estado debía reconocerlo; pero no fué así, porque en Abril, cuando subió el expediente al despacho, el Ministro, al ver que la Asesoría no admitía los mismos fundamentos de derecho que su Secretaría, como administrador *correcto*, procedió á mandarlo nuevamente en *consulta* á la Sección de Hacienda del Consejo de Estado.

Llegó allí en Mayo, y como las vacaciones se echaban encima, no pudo despacharse hasta Septiembre, cuando, por otro luminoso informe, también por *Vistos*, *Resultandos* y *Considerandos*, se amalgamó de una manera *contenciosa* y perfecta el

derecho escrito, en virtud del cual habían *dictaminado* la Secretaría del Ministerio y la Asesoría del mismo.

Á todo esto, por Octubre del 79, una hija de Fernández, que había quedado en la lactancia, iba ya á la escuela de la Diputación, y la mayorcita, á quien dejó su padre de siete años, tenía relaciones con un *violón de Parish*, joven inteligente é inspirado compositor, que había hecho tocar una sinfonía suya en el teatro de las Aguas (donde tomó la *punta de dolor de costado el primitivo oficial del Negociado*, hoy Gobernador de una provincia), que aconsejaba á su futura suegra que echase el expediente á paseo y se dedicase á la música, y que á veces, viendo su tenacidad, se ofrecía á dar una serenata con su instrumento al presidente de la Sección de Hacienda del Consejo de Estado, sordo por más señas.

Pero doña Felisa, que era aragonesa, había nacido en Cariñena, fuerte en su derecho y envalentonada con el informe *del primer cuerpo consultivo de la Nación*, esperó hasta Diciembre, en que pasó á la Secretaría, para ser *cumplimentado*.

¡Cumplimentado! Es decir, cobrar; no cabía duda.

Y así fué, en efecto. Por Febrero del 80 volvió el expediente á Clases Pasivas y se mandó pagar á doña Felisa, y cuando ésta creyó que iba á cobrar, se encontró que su crédito estaba en *Ejercicios cerrados*, y por consecuencia que tenía que esperar al *año económico*, es decir, á 1.º de Julio del 80.

El violón se llamaba Juan, y se empeñó en llevar á su futura suegra y á su prometida á la verbena, donde la pobre doña Felisa tomó una sofocación y una indigestión de huñuelos que la llevaron al sepulcro.

Murió sin testar, y vino.... lo que es natural dentro de la Ley: un *ab-intestato* judicial; de forma que Felisita, la mayor, la mujer *del violón*, que se portó como un hombre prometiendo *in artículo mortis* á doña Felisa que haría su esposa á la hija de Fernández, y que cumplió su promesa por *minuta rubricada*, es decir, *inmediatamente*, Felisita, digo, no pudo cobrar, porque el libramiento estaba puesto á la orden de su madre y la testamentaria no estaba terminada.

Hace dos meses he visto yo á Felisita, y le decía delante de mí á su hijo Arturo (ya tiene un niño de dos años): — Cuando cobremos los atrasos de papá, te compraré un sable y una escopeta de pistón.

No sé si se lo habrán comprado ya: me temo mucho que la cosa dé tiempo á que el chico tenga edad de que lo equipen para ir á la guerra con los atrasos de su abuelo.

¡Un expediente y una testamentaria por pobre deben constituir lo que Spencer llama vibraciones retardarias!

## II

Comieron juntos en un gabinete de Fornos:

Germán Laredo, diputado de la mayoría, cabildeador y hombre de empuje.

Perico Cuesta, hombre de administración.

Don José Gómez Pérez y López (de la casa Pérez, López y Compañía), hombre de negocios, muy respetado en bolsa.

Y Antonio Rápido, ingeniero, proyectista, y amigo íntimo de todos los jefes de Divisiones de ferrocarriles.

Á los postres, después de haber mandado el ramo de la mesa á cierta deliciosa señora, que vive sola en un hotel, tiene victoria con un caballo, veranea en Biarritz, y en sus mocedades vendió *La Correspondencia*, se habló de la necesidad de fomentar en España los intereses materiales.

Después de una comida en que han abundado las trufas y el Burdeos; ¡quién no piensa en los intereses del país!

Antonio expuso su proyecto para un ferrocarril económico, para cuyos estudios estaba autorizado, que había de unir dos importantísimas provincias de población *muy densa* y de variados productos, y el Sr. Pérez y López (de la casa Pérez, López y Compañía), entusiasta por el bien del país, se prestó á honrar el negocio, formando una sociedad anónima que se encargase de la construcción y explotación.

Germán Laredo, diputado por Aldehuela, cuyo distrito está rayano del ferrocarril en proyecto, prometió su apoyo á la empresa.

Perico Cuesta, verdadero hombre de administración, se ofreció á hacer los trabajos preliminares, y con qué vigor no trabajarían todos por el nuevo *venero de riqueza pública*, que á los quince días publicaba la *Gaceta* el acta de constitución de la Sociedad la *Ferrocarrilana Económica*; al dar cuenta de la cual decía *La Correspondencia*: "El conocido Senador y capitalista Pérez López (de la casa Pérez López, y Compañía), está al frente de la *Ferrocarrilana Económica*, de cuyo Consejo de Administración forman parte el distinguido Ingeniero D. Antonio Rápido, el conocido y respetable hombre público D. Pedro Cuesta y el influyente diputado D. Germán Laredo. La *Ferrocarrilana Económica* se propone hacer sin subvención uno de los caminos de hierro que más han de contribuir á la prosperidad del país."

Á los pocos días, se buscaron aquellos siete amigos, de quien tan elocuentemente hablaba en el Ateneo D. Francisco Silvela, y la proposición fué ley y el expediente se terminó en un año. Legalmente constituida la sociedad y con el expediente terminado, se pudo vender la concesión á una casa extranjera, quedando Pérez y López y sus amigos en el Consejo de Administración.

La casa extranjera, de que formaba parte integrante Mr. Durand, que había formado un sindicato de banqueros en Manchester y París, emitió acciones á la par, logrando que Perico Cuesta y Germán Laredo obtuvieran, con el mejor deseo, del Gobierno español, autorización para que los ayuntamientos por donde había de pasar el ferrocarril invirtieran una parte de su tercera del ochenta por ciento de propios, en acciones de la Compañía; lo que á su vez produjo, como era natural, varios expedientes que se despacharon con más rapidez que el de doña Felisa.

Por cierto que la Compañía extranjera quebró, y no pudo construir el ferrocarril.

Un año después comiendo en el Inglés los mismos que almorzaron en Fornos, decía López y Pérez (de la casa López, Pérez y Compañía): ¡Qué país éste! ¡Miren ustedes que estar nosotros siendo ahora síndicos de la quiebra de la *Ferrocarrilana Económica*! ¡Si no la hubiéramos vendido no pasaría esto!

Los síndicos de las quiebras cobran unos derechos muy crecidos.

JUAN VALERO DE TORNOS.

## CARTA ABIERTA

SR. D. LUIS CARMENA:

En el *Heraldo de Madrid* del día 9 del actual he leído el artículo que el joven crítico Sr. Saint-Aubin dedica á la primera representación de *La Sonámbula* en el Teatro Real, y en él consigna que usted la noche antes le pidió *respeto* para la arcaica partitura de *Bellini*.

— Son ustedes atroces los wagneristas — le dijo; — no dejan vivir á nadie. Estoy aguantando mecha de *Walkyrias* y *Sigfredo* cuarenta noches sin quejarme; bien pueden ustedes soportar tres ó cuatro de la música que no les gusta.

Con mucho sentimiento tengo que censurar á usted, mi querido amigo, porque en mi opinión ha hecho mal en aguantar *Walkyrias* y *Sigfredo* sin decir con ruda franqueza, como crítico que es, su opinión, contraria á ese genero de música inventado para suplir la falta de inspiración, aburrir al público y hacerle conciliar el sueño.

No sé si, como inteligente en música que es, ha temido pasar por ignorante, pues los wagneristas, con gran modestia, tachan de tales á todos los que no creen y confiesan que Wagner está sobre todos los músicos que hubo, hay y habrá, y sosteniendo que es preciso estudiar mucho, saber mucho para poder desentrañar sus laberínticas partituras, y que el que no se complace y deleita con ellos es un desdichado, digno solamente de

oir *Guillermo Tell*, *Los Hugonotes* ó *Lucia* ó *La Sonámbula* y *Los Puritanos* del ignorante Bellini, á quienes algunos ilusos conceden divina inspiración creyendo que la inspiración tiene alguna importancia en el arte.

Y sin embargo, este pobre Bellini fué considerado y censurado como un revolucionario en la música teatral, como el primero que intentó acabar con la *ópera-concierto*, sujetando la frase musical á la palabra y buscando libros llenos de poesía, para que la palabra conmoviese al auditorio al mismo tiempo que la música.

Los más entusiastas wagneristas (no hablo de los críticos) citan dos ó tres frases en cada ópera de Wagner verdaderamente inspiradas: no he de negar que las hay, amigo Carmena, pero esto viene á ser como pescar con caña: una hora viendo pasar silenciosas las aguas del río y al fin coger un pez: después del aburrimiento sufrido, produce gran satisfacción.

Esto me recuerda la siguiente anédocta que leí en un libro de Oscar *Cometante*. Había en París un zapatero que vivía en una humilde guardilla, y uno de los más rigurosos días de verano el pobre hombre no podía soportar el calor, verdaderamente irresistible, en su miserable y estrecho tugurio; faltábale el aire, casi se asfixiaba, y determinó salir al tejado en busca de ambiente; pero á poco los rayos del sol se le hicieron insoportables, volviéndose á la guardilla, y como sintiese algún bienestar al verse libre de aquellos rayos de fuego, exclamó: — ¡Que fresca está mi guardilla!

Así, cuando después de una hora de sonar la orquesta, sin que nada nos conmueva ni distraiga, se encuentran unos compases sentidos é inspirados exclamamos: ¡Que fresca está mi guardilla! ¡Qué frase tan sublime! no por lo que es en sí, sino por el sitio en que está colocada, porque es un pequeño oasis en medio de inmenso y abrasado desierto.

Ya sabe usted, amigo Carmena, que yo no he sido más que un aficionado á la ópera, que no tengo conocimientos músicos, y por eso me atrevo á decir lo que usted no dice por no luchar contra la corriente; y lo dicen, no obstante, *sotto voce* casi todos los espectadores cuando se representa *Sigfredo* ú otra de las obras del insigne maestro alemán; como habrá usted oído á los mismos wagneristas sentirse, á su pesar, subyugados por la celestial inspiración de Bellini; y decir la verdad es que estas óperas antiguas eran muy bellas; ¡qué lástima que Bellini no hubiese alcanzado los conocimientos modernos!

Si usted no conoce la armonía y el contrapunto—oigo decir á los wagneristas—¿cómo se permite juzgar al músico más grande del siglo XIX? ¿Cómo ha de comprender las admirables combinaciones de sonidos que hay en sus obras, desentrañar su oculto sentido y analizar sus bellezas?

Por eso precisamente no soy crítico, porque no sé, y juzgo solamente por el efecto que en mi espíritu producen las obras artísticas; y para formar este juicio no es necesario tener conocimientos técnicos, como para juzgar de la belleza de una mujer no es necesario saber anatomía.

Pero hace tiempo que es moda rechazar todo lo antiguo, y la moda tiene también su imperio en los dominios del arte. Con frecuencia se dice de una obra teatral que está anticuada, por personas que no la han visto jamás, pero que conocen la fecha en que se estrenó.

Hace dos años se puso en escena en el Teatro Español la *Locura de Amor*, del inmortal TAMAYO, con tanto éxito como cuando se estrenó, porque lo bello en el arte no envejece, como no han envejecido el cuadro de las *Lanzas*, ni la *Venus* de Milo, ni tantas otras obras maestras que nos dejaron los grandes artistas de los pasados siglos. Estamos, amigo Carmena, en un período desdichado; el afán de buscar nuevos caminos nos lleva á la extravagancia; ya se hacen versos sin medida, ni rima, ni sentido común, y lo peor de todo es que no se entienden y también nos llaman ignorantes y antiguos á los que creemos que se debe hablar claro y preferimos á Garcilaso al autor de las *Soledades de Polifemo*.

El culteranismo, que con distintos nombres reinó en todas las artes, invade ahora la música, y podría decirse de muchos músicos modernistas, que siguen las doctrinas del famoso ESTRADA en su no menos famoso

periódico EL PISTÓN, á cuya cabeza se leían estos versos hasta cierto punto:

Lira y aprieto  
de sonsonete,  
con clarinete  
en desconcierto.  
la poesía del PISTÓN  
y acordeón  
con armonía.

Involuntariamente me he alejado del principal objeto de esta carta, que era, como he dicho al principio, censurar la apatía de usted, que siendo ilustrado crítico toleraba en silencio las blasfemias artísticas que profieren ex-cátedra los wagneristas fanáticos, y que acudiese usted á implorar clemencia para Bellini, cuando podía con autoridad sostener sus ideas estético-musicales y demostrar que Wagner es un maestro asombroso en la música instrumental, pero en el DRAMA LÍRICO es un maestro por todo extremo LATOSO.

Nuestro amigo Saint-Aubin *perdona la vida* á Bellini y á *La Sonámbula*, accediendo al deseo que usted le manifestó, y se limita á decir que es vulgar, que todos los organillos, cuando él era niño, tocaban sus inspiradas melodías, y otras frases, en tono de burla; burla que alcanza también al gran *Verdi*; y á esto se puede contestar que ni todo lo antiguo es malo ni bueno todo lo moderno; y respecto al parralillo que dice: *Conviene que todos vivan; pero, por desgracia para sus aficionados, LA SONÁMBULA no vive ya*, se le puede decir con el personaje de una famosa comedia:

Los muertos que vos matáis,  
gozan de buena salud.

Dispense usted, amigo mío, la censura que me he permitido dirigirle en esta ya larga epístola y deseo que no vea en ella más que una prueba de cariño de su afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.,

MARIANO CAPDEPÓN.

Busot 12 de Enero de 1902.

## EN EL VENTORRO DEL «TUERTO»

Se ignora de todo punto la fecha de su fundación; en las viejas crónicas de los lugares vecinos no se menciona suceso de tanta monta, y esto por ignorancia ó desidia de los historiadores; los más sagaces y eruditos arqueólogos de la comarca (y los hay á manta de Dios) no han podido aún esclarecer los altos hechos del fundador de tan ilustre casa, porque la ralea venteril que hasta hoy ha venido sucediéndole en el cargo, más se ha curado de adobar lomo fresco, bautizar el vino y desollar á los parroquianos, que de perpetuar en mármoles ni bronces los timbres de la familia.

Tenase por averiguado que en fecha remota existió un *Tuerto* héroe ó semi-dios en eso de cazar doblones y que dió con sus hazañas nombre á toda una raza de ilustres ventoreros; unos colocaban su existencia en la edad de oro de tan lucrativa industria, es decir, cuando recorrían el mundo los últimos caballeros andantes y eran los mesones refugio de pícaros y cuadrilleros; otros aseguran que el *Tuerto* fué un terrible guerrillero allá por 1810, azote de los franceses y que trocó al finalizar la guerra la espada por el asador; pero trabajos concienzudos y recientes hacen sospechar que el tal *Tuerto* no es un ventero determinado, sino más bien un mito, ó idea comprensiva de toda una época de esplendor y gloria, en la que el nombre, los vinos y los guisados de este ventorro eran admirados y apetecidos en más de veinte leguas á la redonda.

De todos modos se echa de ver que no fué lerdo el fundador del establecimiento; colocólo en la bifurcación del camino que enlaza á Valtierra con la capita, de la provincia, donde nace el ramal que va á Salobralles, y estas que ántes eran poco más que descarriadas sendas son hoy anchas carreteras por las que transita la flor y nata de la arriería castellana tributaria del noble solar de los *Tuertos*.

El representante de esta estirpe que hoy tiene la sartén por el mango se llama Francisco, es alto, moreno y recio, y cuenta, por fortuna suya, con dos ojos muy cabales, nada feos por cierto. No obstante, le lla-

man *Tuerto*. El mirar fiero y provocativo y el aire matonesco con que se atusa los bigotazos imponen respeto y mantienen su autoridad incólume entre los parroquianos; los que le conocen bien aseguran, sin embargo, que detrás de toda aquella fachada se oculta un fondo inagotable de mansedumbre.

Cualquier habitante de Valtierra que se estime, no traspasa los umbrales de aquel antro ni para pedir un vaso de agua. Continuamente sale de allá dentro el rumor de las conversaciones y juramentos de los carreteros, cantos indecentes y demás excesos, que le convierten en antesala del infierno. Ante la puerta suele haber dos ó tres carros, cargados unos de trigo, los más de pieles de aceite y gobernados por hombres mugrientos que destilan de sus ropas toda la grasa de las corambres. Pues este fué, á pesar de ello, el lugar que más frecuenté (salvo la huerta de mi amigo Bañares y el locutorio de los Carmelitas) durante el invierno que permanecí en Valtierra.

Á diario daba grandes paseos con otros tres amigos de la misma edad que yo, y entonces jóvenes los cuatro; á la vuelta íbamos á visitar á Paco, y atravesando el portalón destinado al público nos instalábamos en un cuartito independiente y abrigado donde ya sabíamos lo que nos esperaba: buenas magras con tomate, famosos embutidos que el mismo Paco aderezaba, regado todo ello con frecuentes tragos de un tintillo de la tierra que encandilaba los ojos y encendía las discusiones.

No nos servía el *Tuerto*; dignábase llegar hasta nosotros y atendernos cariñosamente la reina de aquellos viles lugares, el hada de aquel palacio de la embriaguez y la descompostura, la mujer de Francisco, una buena moza pelinegra, de modales sueltos y descarados y acerca de cuya liberalidad y amor al prójimo corrían chistosas anécdotas que yo me resistí siempre á creer. En lo físico tenía un solo defecto de consideración: la boca era demasiado grande; pero Federico Pencas, asiduo consumidor de sus fritangas, decía que eso no importaba. En lo moral, los maldicientes señalaban tantos, que fuera cuento de nunca acabar el referirlos; pero los consideré invenciones calumniosas desde el día en que ví á la ventorrera contestar con dos sonoras bofetadas á las insinuaciones atrevidas de un corredor de cebada.

Los donaires de la garrida ventera, sus licencias y hasta sus sofiones eran el principal atractivo de aquellos agapes y quizás la única razón de nuestra concurrencia al ventorro, lo que me apresuro á confesar muy llanamente, porque no se nos tache á la ligera de golosos y comilones.

Una tarde, al finalizar Noviembre, nos sorprendió la lluvia en el campo y apresuradamente tomamos la vuelta de la ciudad; al pasar frente al ventorro de Paco el chaparrón arreciaba, y entre calarnos hasta los huesos en lo que restaba por andar, ó secarnos tranquilamente al amor de la lumbre mientras pasaba el aguacero, optamos por esto último y fuimos á pedir abrigo al *Tuerto*. Un pobre caballo, arrendado á los hierros de una ventana, aguantaba con las orejas gachas el diluvio.

— Ahí dentro debe de estar Alvarito — dijo no sé quién, — porque ésta es su jaca; y en efecto, sentado junto al mostrador estaba el amo de la triste cabalgadura.

Era por entonces, y lo fué hasta su muerte, un hombre insignificante, con cara de sacristán ó mandadero de monjas, nacido para servidor gratuito y cordial de todo el género humano, sin más fortuna que un caballo, una anguarina inmensa y el escaso producto de las administraciones que llevaba en Valtierra. Invitámosle á refrescar en nuestra compañía, y él, que no ignoraba el alcance y significación de tales refrescos, aceptó con alborozo el obsequio.

Yo no sé qué diabólicos efectos producía el vino en los cerebros nuestros, ni mucho menos he podido adivinar su verdadera causa; tal vez tuviese la culpa el mismo *Tuerto*, por la mucha «compostura de sus caldos», como aseguraba Alvaro; tal vez procedía de una predisposición innata ó adquirida, ó... ¡vaya usted á saber! lo cierto es que apenas ténamos entre pecho y espalda algunas copas sobrantes, dábamos en la más desahorada manía que imaginarse puede: la de contar historias espeluznantes y terribles, que embriagaban el

ánimo y conmovían los corazones; en una palabra, teníamos la borrachera triste, llorona, ó mejor dicho, lúgubre.

El fenómeno existía desde que Federico Pencas se curó de un célebre espanto tomando una píntima que le duró dos días; y á partir de aquella fecha, en todas nuestras francachelas salían á relucir cuantas historias de aparecidos, ahorcados y almas en pena corrían de boca en boca por los pueblos de la provincia, autorizados por el testimonio irrecusable de brujas y beatas, de viejos desocupados y niños asustadizos, de cuantos elementos, en fin, componen esa inagotable fuente de conocimientos tan aprovechada por teólogos, juristas é historiadores: la tradición.

La tarde de mi cuento no fué una excepción; alguien habló de que estábamos en el mes de las Animas; otro dijo que la iglesia mayor del pueblo no había sido adornada con tanto gusto como otros años durante el novenario; el de más allá añadió que la subida á la torre era peligrosísima por la noche y á oscuras y que el hijo de Ximiliano se estrelló cayendo desde las primeras campanas al pie de la retorcida escalera.

— ¡Apuesto á que ninguno de vosotros se atreve á dar la vuelta al claustro de la iglesia mayor á media noche y sin luz!...

— ¡No digas! Cuando la monda del cementerio viejo estuve yo dos noches seguidas velando junto al sepulcro del Obispo Báñez para que no lo despojaran... y nada me ocurrió.

— ¿Es verdad que se encontró un General vivo?

— ¡Agua va! ¡Un General vivo! Se encontró el cadáver de un General que parecía haber sido enterrado en vida....

— Yo.... con cosas de cementerios no quiero nada.... no es por miedo....

— Eso es ridículo; á los vivos temo yo.... que á los muertos....

— Pues ahí tienes al Santero; se ha vuelto loco porque al pasar junto á una sepultura sintió que le tiraban de la ropa....

— ¡Fué que se enganchó en un árbol!...

— Sea como quiera, ello es que está *ido*.... y por andar entre muertos.

— Ó cambian ustedes de conversación, ó me largo — insinuó la ventera.

— Alvarito y yo, — dijo Pencas — hicimos una visita al camposanto nuevo una noche de luna....

— Es verdad.

— Y este hombre, que parece tan medroso, me confesó allí mismo que él no creía en cosas del otro mundo....

— No diría hoy otro tanto, — contestó Alvaro; — hace pocos días he tenido ocasión de arrepentirme de aquellas bravatas....

— ¿Dónde? ¿Cómo?

— En el Mirario.... Hice la barbaridad de entrar en aquel laberinto y.... ¡claro! tenía que suceder lo que sucedió....

— ¿El qué?

— Que se me apareció D. Pepe....

— ¡Si no hace más que ocho días que ha muerto!... — observó la moza.

— ¡Y qué! ¿sólo se aparecen los muertos.... añejos? La interlocutora quedó confundida; aquel calificativo, que ella sólo aplicaba al vino, le pareció una falta de respeto.

— Fuí — continuó Alvaro — porque yo sabía que don Pepe tenía dinero escondido en aquella parte.... El tal señor, aunque me haya dado de comer algunos años, era de mala casta.

— Dicen que fué negrero, ¿eh?

— El dinero lo hizo.... ¡porque lo hizo!

— ¡Si lo sabremos! Estuvo á punto de ir á presidio por monedero falso, pero con sus aldabas....

Alvarito sonrió como quien sabe mucho y calla por prudencia.

— Siempre que yo iba al campo — continuó — y paraba por delante del Mirario creía ver las onzas que el muy ladrón había amontonado con malas artes, y me daban ganas de entrar á saco en las ruinas aquellas. Un día que fuí á entregarle un dinero que acababa de cobrar hice por sonsacar al ama y.... ¡la pobre con la

misma escama que yo! Que aquel hombre era muy malo, que no la daba ni para mal comer una perrona y mucho menos dos; que era un avaro empedernido; que guardaba en el antiguo taller de moneda falsa un sinfín de onzas de oro! ¿No clamaba al cielo que un hombre tan sin ley de Dios martirizase á los que le rodeaban y no les pagase luego ni en agradecimiento?

— Al oír al ama — prosiguió Alvarito cada vez más exaltado — tuve una idea repentina. Entré en la alcoba de D. Pepe; estaba en un sillón junto á la ventana, con las piernas hinchadas, consumiéndose poco á poco, sin querer ni oír á nadie....

— ¡Don Pepe! — le grité — ¿sabe usted que la Guardia civil ha tomado por suyo el Mirario? Dicen que han encontrado un tesoro.... ¿sabe usted? las ganancias de unos monederos falsos que hubo aquí hace muchos años.... ¿Se enteró usted?

El tío viejo me miraba, y haciendo por sonreírse dijo: — ¡Estás fresco, Alvarito, estás fresco!

— Dicen — grité decidido á todo — que ese monedero.... era usted.... y que van á prenderle....

— No me encontrarán, hijo, descuida.... y ¡gracias, gracias!

No pude saber si se burlaba el muy pillo.

Toda la noche pensé en el asunto; al día siguiente el viejo estaba peor; ya no hablaba y se obstinaba en no mirar á los que le rodeaban.

El ama me dijo al medio día:

— ¡Don Alvarito! ¿por qué no va usted? Yo en su caso iría, iría allá, á ese infierno.... y acuérdesese de mí.

No dudé más; monté á caballo y me planté en las ruinas; dejé las casuchas abandonadas que hay por allí y me encaminé derecho á la iglesia derruida. En una capilla estaba la pila bautismal caída; yo sabía el secreto por el ama de D. Pepe; empujé con todas mis fuerzas y la pila rodó, dejando descubierto un agujero. Tuve que descolgarme, mas por fortuna tropecé con el suelo en seguida, quedando medio cuerpo fuera del hoyo; á gatas recorrí una excavación y di con una escalera, la bajada á la cripta grande, obstruída en su comienzo. La cripta estaba llena de trastos raros. Armarios de sacristía, cruces y ornamentos viejísimos que apenas eran más que un montón de basura; máquinas extrañas y rotas; dos camas de hierro con unas guñapos encima; armas en un rincón, y cubriéndolo todo una capa espesísima de polvo, de tierra más bien, y un penetrante olor á mohó, á cosas viejas, que ponía espanto. El aire era casi irrespirable y la vela oscilaba como si fuera á apagarse. Abrí todos los cajones, recorrí la cripta en todos los sentidos y no encontré nada; estaba febril, medio loco; de un puntapié deshice el montón de guñapos y tropecé con una cosa dura; debajo de los trapos había piedras, cascotes, tierra, todo amontonado y poco firme, revolví, y entre todo aquello había una caja de hierro, de acero, ¡no sé de qué! Sólo pensaba que aquello era lo que yo había buscado.

Así la caja y con ella debajo del brazo retrocedí, buscando la salida. Pero antes de ganar la escalera me sucedió una cosa horrible....

— ¡Te rompiste las narices contra un peldaño!

— El tesoro se volvió de fuego y te abrasaste las manos....

— De la caja salieron sapos y culebras que te asustaron....

— No fue eso: al ir á poner el pie en la escalera, un obstáculo me detuvo....

— ¿Cuál?

— Una mano, una mano fría, con el frío de los cádáveres, que no se parece á ninguno otro, y que me agarró el cuello forcejeando por echarme atrás. Yo no veía ni la mano ni á su dueño; pero su fuerza era tanta, que temí morir allí mismo ahorcado....

— ¡Infeliz! — dijo Pencas.

— El terror me paralizó; extendí los brazos para repeler aquel fantasma y la caja cayó al suelo; instantáneamente la horrible presión cesó, y viéndome libre subí como una flecha la es calera, salí al campo, monté á caballo y la jaca me trajo en veinte minutos á Valtierra.... Al entrar en casa de D. Pepe me dijeron que el amo había fallecido media hora antes. La muerte le había sorprendido sentado en un sillón, y en la breve agonía gritaba apostrofando á seres invisibles:



— ¡Ladrones! ¡ladrones!  
— Bueno; ¿y qué? ¿Qué saca usted de eso? dijo la ventera, que había escuchado con atención todo el relato.

— ¡Ah! pues es muy sencillo: á mí no me cabe duda de que aquellas manos que me sujetaron eran las del mismo D. Pepe que velaba por sus tesoros....

— Y dime, Alvaro, — preguntó uno: — la caja ¿pesaba mucho?

— El héroe de aquella jornada quedóse un instante parado, después empalideció más de lo que estaba y dijo á trompicones:

— ¿Pesar?... vaya.... ¡no me acuerdo!..., yo creo que no.... que pesaría poco.... ¡ah! ¡ya caigo! la levanté con una mano solamente y.... Alvarito no pudo concluir; la moza soltó una carcajada y se fué diciendo con lástima: ¡Qué tío Pánfilo! Federico Pencas, puesto en pie, golpeaba la mesa con un vaso vacío diciendo á grito pelado:

— ¡Don Alvaro, D. Alvaro ó la fuerza del vino!

Una hora después llegó un coche, enviado por la familia de Pencas, que nos dejó á todos en nuestras respectivas casas.

SALVADOR RODRIGO.

## LA VOZ DE LA CONCIENCIA

Un gato marrullero  
y famoso ladrón, cual todo gato,  
á una vecina le robó del plato  
un magnífico trozo de carnero;  
pero en la casa había  
un formidable y temerón sabueso,  
que al verle cometer la fechoría,  
corre tras él y le arrebató el hueso;  
en las narices siente el olorcillo  
de la presa robada;  
¡lucha!... y la voz de su conciencia ahogada,  
clava en la carne su feroz colmillo.  
El ama á la cocina entonces llega,  
y de cólera ciega  
arrima al pobre can un escobazo  
que le parte por medio el espinazo.

*Guarda la hacienda ajena  
y no imites al perro, pues te expones  
á sufrir doble pena  
por juzgarte ladrón de los ladrones.*

TEODORO GUERRERO.

## LA CALLEJA DE LA AMAPOLA

### III

Al mediar la siguiente mañana llegó corriendo á la torre señorial un mozalbete pastor, refiriendo que, apenas el ganado se internó, como otros días, á pastar en el monte Tolibes, por la parte que mira á Valmayor, puntos ambos muy próximos á la villa por el sur de ella, se presentó una osa descomunal, que produjo grande espanto en las reses y, alcanzando á una vaca, la mató y comió mucha parte de ella. Y no era esto lo malo, —añadía el muchacho: —lo malo era que si la osa, como parecía, se había ya «picado» y «arregostado á la carne», dentro de poco tiempo no iba á dejar una res para un remedio en la «cabaña».

—Bueno!—exclamó D. Pedro, cuando le noticiaron el suceso:—puesto que hoy, harta como está de carne la osa no se moverá de su escondrijo, aunque se haga tal estrépito que se hunda el monte, esperaremos á mañana para verificar la cacería. Que se avise esta misma tarde á todos mis vasallos útiles de Valmeo y de Tudes: que se prevenga también á los de Framá, Valverde y Lubayo, para que por el poniente los primeros, por el sur los segundos y por el oriente las tres últimas aldeas, comiencen á la hora del alba y poco á poco el ojeo en los extremos del monte Tolibes; de modo que la osa, acorralada en semicírculo por los ojeadores, no tenga más escape que bajar á Valmayor. Allí, cerca de la ermita, estaré yo con mi hijo y mi escudero, para dar muerte á la fiera. Y ¡vive Dios! que á la hora del mediodía comeremos allí mismo bien asadas las entrañas de

la osa, y por la tarde la bajaremos en un carro á la villa. ¡Eal! ¡despejad, y pronto, á disponer bien lo que os he dicho!

A la hora de la siesta, otro suceso vino á inquietar á los habitantes de la torre: el bastardo se hallaba en el lecho, retorciéndose con las dolorosas convulsiones ocasionadas por un cólico, según parecía; y era tan grande la fuerza del mal, que no cedió en muchas horas á la multitud de remedios que se aplicaron al enfermo.

Cuando el azul oscuro de la noche comenzaba á palidecer por el oriente, anunciando la proximidad de un nuevo día, el Merino Mayor del Rey entró en la habitación en que, como abatido por la pérdida de fuerzas en la lucha de la enfermedad, dormitaba el bastardo, al cual despertó diciéndole:

— La enfermedad que á deshora os ha postrado me priva de ver si vuestro aliento y vuestro brazo para luchar con las fieras, son tales como decís haber sido para pelear contra los alpujarreños moros. Mas no os apenéis por ello: iré sin vos. Entretanto, aun que os parezca que sentís alivio, cuidad de no agravar vuestra dolencia con prisas por respirar aire libre: permaneced en la torre sin salir hoy de ella: conque aceptad este mi consejo, que os importa mucho; y hasta la tarde, guardaos Dios.

Con esta despedida, en que se adivinaba el enojo y se notaba que no creía en la existencia de la enfermedad de su hijo, salió D. Pedro de la estancia, llamó á su escudero, á quien ordenó quedarse al cuidado del enfermo; y cabalgando y seguido de dos de sus hombres de armas, marchó camino arriba hasta las inmediaciones de la ermita de Valmayor, donde, apeándose y poniendo á buen recaudo los caballos, esperaron los tres en silencio largo rato.

Tan pronto como el día clareó por completo el despejado horizonte, y aunque ni la más ligera brisa turbaba la extraordinaria calma de aquel hermoso amanecer, comenzó á oírse algo así como ruido de vientos en espesura de lejano bosque: algo como rumor producido por las aguas de un arroyo al correr chocando en peñas; como el rodar de carros en lo hondo de la distante cañada: ruido indefinible, vago sön, que ora se agrandaba, ora decrecía, y cuyas confusas oleadas llegaban suaves al oído y penetraban con linsonjera dulzura hasta el espíritu, recreándole y como adormeciéndole en deleitosas abstracciones. Y poco á poco iba creciendo el rumor, y parecía acercarse; y luego fué siendo gradualmente más distinto y perceptible: hasta que, al cabo de media hora, pudo comprenderse bien que era el ruido del ojeo, sonos roncós y estridentes de muchas trompas de caza, penetrantes y agudas notas de añafiles, redobles de tamboriles, golpes dados en escudos de metal, desacordes voces, grandes gritos, prolongados *ujujúes*...., todo á un tiempo, en colosal algarabía y en desorden ensordecedor, capaz de espantar y hacer huir delante á las menos asustadizas de las fieras.

—Atención, y quietos en sus püestos—dijo en voz baja y muy rápida D. Pedro á los dos hombres, que á pocos pasos de él, y uno á cada lado, con formidable cuchillo desenvainado, se encontraban de pie tras los troncos de dos árboles, como él mismo se hallaba sentado sobre la descubierta y gruesa raíz de una encina, pero delante del árbol, frente al bosque.

Necesaria era verdaderamente la quietud y la atención; pues amedrentada por los espantosos ruidos que por la espalda y los costados se iban acercando á ella cada vez más, acosándola, corría monte abajo una grande osa, en línea recta, rompiendo por entre las malezas del suelo y destrozando ramas de árboles que la impedían correr, y saltando hoyos, y pasando sobre los troncos caídos que en el bosque había, y siguiendo voz, sin detenerse ante nada, la furiosa carrera, excitada por el pánico. Mas de pronto, á dos pasos de la fiera, se alzó un hombre; y ante aquella repentina aparición la osa se detuvo y se levantó sobre los pies; irguiendo-

se pareció querer retroceder; pero su vacilación fué sólo cosa de un instante, pues avanzó con ímpetu horrible hacia aquel hombre, que, firme y con el mango del cuchillo apoyado contra el pecho, se dejó abrazar por la feroz bestia. Un bramido espantoso dominó los ruidos grandes del ojeo: los brazos de la osa se aflojaron, y el terrible animal cayó de espaldas, pues el cuchillo del Merino Mayor del Rey, al recibir aquel abrazo, la había penetrado hasta el corazón. Un *ujujú* estrepitoso, el *ujujú* de todos los ojeadores á un tiempo, saludó el triunfo de la valentía de D. Pedro y de su brazo resistente.

—Desangradla bien y desolladla, pero dejándola envuelta en la piel, y luego abridla: tomad sus entrañas; y después de limpias y acondicionadas convenientemente, encended en este mismo sitio una hoguera, en que se asen, para que yo, como prometí ayer, pueda comer algo de ellas á la hora del medio día. Entretanto, alguno de vosotros bajad ahora á la villa; y de mi torre traed cuanto menester parezca, para que todos aquí también tengáis vuestro festín. A la tarde, en bien engalanada carreta y repitiendo vosotros los alegres *ujujúes*, bajaremos la osa, para que la admiren todos los moradores de Potes. Avivad, pues, y sea hoy para todos un día de regocijo.

Esto dijo el Merino Mayor del Rey á sus leales vasallos; y todos se apresuraron á cumplir sus órdenes.

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ

En un lujoso álbum con que los admiradores de D. Gaspar Núñez de Arce le obsequiaron, no hace mucho tiempo, he visto los siguientes versos que, autorizado por su autor, doy á la estampa:

## A NUÑEZ DE ARCE

### SONETO

#### IMPROVISACIÓN

.....  
.....  
.....  
A Miguel Ramos Carrión.  
«Bien le quisiera cantar;  
mas, ¡versos á Don Gaspar!  
Yo no me atrevo, soy franco;  
lo más discreto es dejar  
estos renglones en blanco.»

## A MIGUEL RAMOS CARRIÓN

### IMPROVISACIÓN

Aunque me puedas tachar,  
por lo que escribo, de osado,  
hoy, Miguel, quiero llenar  
lo que en blanco te has dejado.  
Mi musa me lo aconseja,  
pero, aunque opaca luz esparce,  
á Gaspar Núñez de Arce  
en blanco no se le deja.

## A NUÑEZ DE ARCE

### LA FORMA POÉTICA

#### SONETO

Antes que en prosa, en verso se escribía;  
Si da leyes Moisés, en verso escribe;  
si Grecia del saber la luz recibe,  
¿qué forma es la primera? La poesía.  
No se puede omitir. Su lozanía  
es y será la que la mente avive.  
Hablar en prosa á Dios, no se concibe,  
ni Dios, á quien le hablara, escucharía.  
¿Apolo con las nueve suprimido?  
al mísero mortal que lo desea,  
porque en verso escribir nunca ha sabido,  
Gaspar, dale tus rimas, que las lea,  
y si el gusto no tiene pervertido,  
reformulará su escandalosa idea.

José MARÍA NOGUÉS,